

CAPÍTULO 32

LIBRERO: OFICIO QUE NO CADUCA

Polémica: El parque cultural Santa Rosa, ¿un templo cultural o escenario de piratería?

Esta crónica fue publicada en la edición de Utópicos de abril-mayo 2018, pág. 5

Jhon Edward Montenegro Jiménez

@jhonmontenegro_

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-5487-8343>

✉ jhon.montenegro02@usc.edu.co

En los años sesenta, un grupo de vendedores de libros comenzó a ocupar, con puestos improvisados, el espacio público contiguo a la Iglesia y el Parque Santa Rosa. Fueron llenando esa zona del centro de Cali, convirtiéndola en una verdadera caja de pandora.

“Empezamos vendiendo revistas, cuentos y novelas policíacas, y solo unas pocas obras literarias”, relata Germán Saldarriaga.

Cómo citar este capítulo:

Montenegro Jiménez, J. E. (2020). Librero: oficio que no caduca. Polémica: El parque cultural Santa Rosa, ¿un templo cultural o escenario de piratería? En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 181-184). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Hacia 1971, Cali se preparaba para celebrar los Juegos Panamericanos y muchos sectores de la ciudad fueron remodelados; el parque no fue la excepción y los vendedores fueron trasladados temporalmente.

Germán sostiene que luego de la remodelación, la administración local no estaba del todo dispuesta a que regresaran a los alrededores del parque, pero lo lograron porque el espacio había dejado de ser uno más en la ciudad, para convertirse en su hábitat. “Empresas privadas nos ayudaron, donándonos unas casetas pequeñas”, recuerda.

Orlando Pineda trabaja allí hace más de 40 años; afirma que en esa época, el negocio era muy rentable: “se vendía mucho, la gente leía”, y por ello comenzaron a llegar nuevos comerciantes. Crearon Asolibreros, con el objetivo de velar y luchar por la permanencia en el espacio público y el derecho al trabajo.

En 1999, la alcaldía hizo una nueva remodelación y, con la premisa de recuperar el espacio público, fueron instaladas 15 casetas, cada una con cuatro módulos, para venta de libros, que se mantienen actualmente. Los comerciantes abandonaron las aceras y se ubicaron dentro del Parque.

Los puestos están numerados y, en su mayoría, registrados en la Cámara de Comercio de Cali. Los vendedores no pagan impuestos por su uso, pero entre todos deben responder por los servicios de energía y agua, y la vigilancia. Algunos son utilizados como bodegas.

Sin embargo, aquellas épocas de grandes negocios han desaparecido. Ahora, afirma Germán, “hay días y hasta semanas en las que no se vende ni un peso”. Según él, esto se presenta desde la apertura económica de 1990; “las ventas bajaron notablemente porque llegaron muchas editoriales extranjeras y monopolizaron el comercio y la reproducción de libros”. Además, asegura que desde la remodelación del parque se acrecentó la crisis.

“Hoy, lo que se vende ya no da para los gastos”, aseguró Pineda, añadiendo que otro factor que influyó en la dura situación que viven fue la llegada masiva de los computadores, porque los libros comenzaron a ser digitalizados.

Desde siempre, han considerado que su público objetivo son los estratos 1, 2 y 3, siendo ellos no solo un puente entre el cliente y la adquisición de los libros, sino también facilitadores de la cultura y la educación.

Denuncia que las editoriales no han comprendido que muchos no tienen poder adquisitivo para comprar libros nuevos. “El mundo de Sofía, en una editorial, puede valer cincuenta mil, ¿usted lo compraría, sabiendo que el mismo libro, pirata, genérico, o como le quieran llamar, vale diez mil?”, dice con severidad.

Ventas piratas o de segunda mano: ¿qué tanto afectan el comercio literario?

La otra cara de esta realidad es la crisis que viven las editoriales, precisamente debido a la piratería. Los autores, además, no reciben el porcentaje de regalías que corresponde a su arduo trabajo, cuando el libro que sale a la calle es clonado ilegalmente.

Gustavo Mauricio García, director de Ícono Editorial, explica que “las editoriales sabemos que los costos para desarrollar un libro son altos porque, además de pagar regalías a los autores para que ‘sobrevivan’ y puedan seguir escribiendo, pagamos los impuestos y sostenemos el trabajo de todas las otras personas que viven de la cadena del libro, como ilustradores, fotógrafos, diseñadores, correctores de estilo y tipográficos, armadores de texto, librerías, imprentas”.

Por esta razón, “los libros cuestan, como le cuesta a todo el mundo cualquier otro producto o servicio. Solo que aquí estamos tan mal acostumbrados que terminamos por despreciar el trabajo cultural y el editorial, en especial, al pretender que no cuesta nada. ¿Cuándo reclamamos al ‘bar tender’ si nos cobra el precio de un trago?; y si no nos parece adecuado, ¿lo tratamos de producir de manera ilegal?; ¿cuándo entra la gente a los supermercados y a los restaurantes y pide rebaja por el alto costo de la comida?”.

García es contundente al afirmar que “los vendedores piratas de libros son una mafia que amenaza a quienes los persiguen, y ejercen la corrupción en las calles. No son ningunos filántropos, como posan. Son todo lo contrario, porque atentan contra la supervivencia y el desarrollo de la cultura”.

Contrariamente, los vendedores de Santa Rosa no creen que pueden estar ejerciendo un oficio ilegal. Y tratan de sobrevivir, vendiendo a precios asequibles las obras. Sin embargo, viven momentos críticos. “Tampoco vendemos libros escolares porque son muy caros. Además llega la policía y se los lleva, porque son piratas. A la autoridad no le importa que lo que busca el público es la economía”, expresa Pineda.

¿De dónde salen las mercancías?

Hace mucho tiempo que los libreros no compran libros al por mayor “porque sale muy caro” y no cuentan con el capital necesario. Más bien, esperan a que, como al vaivén de las olas, aparezcan las oportunidades de surtir los puestos.

“La gente llega al parque con las direcciones de sus casas diciendo que necesitan salir de los libros que tienen”, explica Orlando, jocosamente. Entonces, ellos van y compran los libros que luego revenderán en el parque.

No hay mucho público ávido de lectura merodeando las casetas. Por eso, las ventas escasas, las deudas y las responsabilidades familiares se volvieron un karma para los libreros. Además, muy pocos cotizan el pago para una futura pensión.

Pese a las dificultades, desde hace mucho el noble oficio de estos librereros se metió en las entrañas de la cultura caleña. Y ellos, día a día luchan para mantenerse vigentes, porque según Germán: “lo importante en la vida no es hacer lo que uno quiera, sino querer lo que uno hace”.

Compradores en Santa Rosa comparten con Utópicos sus motivaciones

Mor Ris: “He encontrado ejemplares que evocan mi niñez. ‘El gran libro de Mafalda’, ‘El libro gordo de petete’, ‘La gran enciclopedia de los gnomos’ y ‘El mundo de los niños’, son títulos que recuerdo; usualmente los conservan muy bien”.

Elizabeth Tique Galindo: “Por economía y porque sé que allí encontraré el libro que necesito.”

Karla Vargas: Porque son económicos, puedes encontrar de cualquier editorial y libros que ya no son fáciles de encontrar.

Felipe López Vásquez: “He comprado los que pedían en el Colegio, porque uno sabe que están en buen estado, ya tenían los problemas resueltos, jajaja (aunque eso no es legal) y por la economía”.